

Escribo para un fantasma más bien clásico
 que me acompaña desde hace 43 años.
 Aunque mis palabras le chamuscan la sábana
 y le producen nubecitas como hilachas blancas
 en los agujeros negros donde yo supongo
 tiene los ojos, él se queda quietito en medio
 del living, y, muy de vez en cuando, inclina
 lo que yo supongo es su cabeza, y parece escuchar.
 Eso a mí me llena de ternura, y fortalece mis ideas
 acerca de qué va la literatura.



¿Qué poema pensar en la luz del páramo?
 Era una luz apastada en humores fríos
 y homicidios fronterizos, y así el poema
 se eludía con verborragias en artificios
 de una patagonia que se corrompía en fotos
 de aónikenk deprimidos y amores
 de animales fantásticos que parían mundos
 de gente en el mutismo perfecto
 de la boca y el ojo, así se eludía el poema,
 se hacían pedruscos en las vísceras, y nosotros
 éramos la síntesis y el sigilo mientras el viento
 nos comía la dentadura, pero no hablábamos,
 nos íbamos en un humanismo de shopping,
 del hombre como medida de todas las mercancías,
 y todo lo humano nos inmunizaba de lo humano,
 nos íbamos comprimidos, hacia atrás,
 hacia el poema que en la piedra asecha.



Supongamos que suena Albert King, y yo
 en posición de Clapton + treinta centímetros
 de nieve en plaza Patricio, te contaría rutinas
 y memorias: una lectura de Witold contra los poetas,
 un manuscrito sobre el destino de las madrugadas,
 una pintura de Grosz, los años que ya se llevaron
 tres arterias, los aromas a cerdo y frambuesa,
 y habría monoambiente y colchón al piso, l'Il play
 the blues for you, y el silencio de plomo
 de la nevada, la quietud de unos pocos objetos
 que se dejan envejecer, y no habría más que eso,
 el sentido sobraría, y hablaríamos de la materia
 oscura,
 de la muerte y la literatura del sur profundo,
 sería agrio fuego de leño y dulce fuego de Legui,
 supongamos que sólo es un blues,
 y que eso fuese tan inútil como suficiente.

Inventario del insiliado:
 un peñasco
 una vela
 un Valiant II
 tres curas
 veinticinco espinas
 mil escarabajos rojos
 una merluza frita un limón
 una ráfaga de viento calva, dos guitarristas
 una puerta de chapa pintada de verde
 un hombre obeso del Rotary Club
 un pintor de cristos petroleros
 un tamarisco una mujer esperando que no la amen
 el dueño del bar un pingüino siete olas
 un loco del pueblo un quiste hidatídico
 un infarto una oveja acalabrada en la banquina
 un disco de Magma un capón hervido
 una prostituta un tío incestuoso
 un cirio pascual los chanchos del señor Kopesky
 una gastritis de Comandante en Jefe cinco bicicletas
 un tubo catódico tres agujas de tejer un dedal
 un Gorosito una empresa multinacional una cabra
 una jarra de vino patero un piano de Glenn Gould
 un reloj a cuerda un anciano muerto de frío en una esquina
 dos ríos el Éufrates y el Tigris
 alguien llorando en una zanja un torno dental
 un día en blanco un año en blanco siete años en blanco
 un potro galopando en el coironal una úlcera
 un hombre con cáncer de nariz tres lapiceras Cross
 un camión de desparafinado un pastor adventista
 un lucero sobre la rada
 un techo volando siete vodkas con martini
 un horno de ladrillos J'on J'onzz
 cuatro gatos cuereados sobre un alambrado
 una carabina dos hermanas colgando cuatro
 sábanas blancas
 una defensa india diez minutos mirando un banco
 de mejillones al amanecer
 treinta mil treinta mil

+

De tardecita,
 las manos se duermen
 en la helada.
 El sol cae sobre la cúpula blanca
 del Otto.
 Por la calle España,
 un gato me mira pasar
 desde una ventana
 y me dona
 cinco segundos
 de estar en el mundo.



Sentarse en la cama
 fumando en la niebla áspera
 de cualquier cuarto,
 y pensar en yuxtaposiciones
 en un desprecio de las conexiones,
 ir de unos pezones teóricos
 a la señora K. comiendo
 la fruta dorada
 que brota de las paredes de cristal,
 mientras, se calienta el agua
 y el otoño de Vivaldi
 o las Lenguas de Alondras en Aspí, y los molinos de arena
 en las veredas, en las camas,
 en los tableros de ajedrez,
 y piensa, yuxtaponiendo
 el día antes, disuelto
 en colectivos desenchajados,
 en cartas con destinatarios imaginarios,
 en la única rosa de una plaza de grava,
 piensa en el día después
 que está hecho de la resta
 de todas las acciones
 y de todo lo que no ha hecho,
 y siempre es un poco menos,
 de manera que se ceba un mate
 sabiendo que de inmediato será
 haberse cebado un mate,
 y es un hoy que se escapa
 y le quema el esófago
 y entre el día antes
 y el día después
 no hay cosa alguna,
 y que los colectivos destartados
 llevan sólo al destartamiento,
 y las cartas se pierden en el acto
 de ser escritas, y siempre se escriben
 a lo que jamás estuvo,
 y la rosa está tan sola, pobrecita,
 y, al final, el mate siempre se lava.



Modelo de mundo:
 la viola de Marin Marais,
 plenilunio sobre la Isla Pavón
 (Innishmore en piedras sepias),
 el niño dañado del último Carnaval
 en su aura tóxica,
 los gestos del querer decir
 sobre el espejo desierto
 de tu hombro.

En el colectivo se arracima
el material del mercado.
Algunos abandonan los ojos
en las ventanillas embarradas.

Hay monosílabos que caen
en el piso y se deshacen
en las respuestas indescifrables
de una noche desmantelada.

Un coro de silencios rotos
y la nota pedal del motor
suenan entre el crujir
de las chapas desvincijadas.

De vez en cuando alguien
habla solo y menciona
a un dios o un deseo prohibido,
que son la misma cosa.

*

Siendo significantes, sólo eso,
descoyuntados, sin contexto,
dijiste: revólver lago ventral piano,
querías un discurso sin puntuación,
querías un mal poeta sin ingenio,
difuso en penumbras maternas,
querías sinonimias equívocas, sucias
figuras retóricas (el Espíritu Santo
en una muerte oral), hablaste
de maquillajes en un campo
de gaseados, mal poeta, pedías,
rodando por juramento hasta acabar
en un hostel, sin nombres,
sólo de significante a significante,
porque sabías, dijiste, que uno
de los recursos del Mal es
el significado.

*

Se desanda el camino,
se escucha la nada desplegada.
El poeta habla de eso
que susurra entre las cosas.
La verdad es un intersticio.

*

Irse como Chabela en un amor de columnas rotas,
irse en el fuego del tequila a la sangre de los ocasos
mal llevados, irse en mil rancheras circulares,
canta que canta Chabela en la mar sagrada del bar,
cavando un siglo en el mismo pozo de rabia y
soledad
la tierra en la que descansar de tanto vacío
enamorado.

¿Y qué hay en el final de la escritura?
hilachas de memoria, datos inútiles:
el 25 de mayo de 1.926 nació Miles Davis,
algunos clichés, como que la existencia social
precede a la conciencia social,
una idea aproximada de lo que es una naga,
el recuerdo difuso de Molly Bloom,
una escalera que baja hasta el mar
y siempre el esfuerzo por retener lo que se va,
veo, en el temblor de sol sobre el asfalto,
palabras que redundan
y en el acto son piezas arqueológicas,
hay una ventana que tiembla
cuando pasa un colectivo, la capital
de Mongolia es Ulan Bator,
que significa Héroe Rojo, y él
que se afiebra en visiones periféricas,
y vos que sos el resplandor del parto de una historia,
y alguien dice que doscientos años no sirvieron
para nada que mañana es mejor que dónde van
los colores a la cerrazón
y al final de todo el discurso
hay como la picazón
de un miembro fantasma.



Escribí un texto dormido.
Detrás de una lámina de hielo azul
alguien hablaba de cabellos oleosos
y gente pintada con cal y carbón,
del pudor en cualquier saber
y la exuberancia dialéctica
de los gallináceos, hablaba
a orillas de un río dorado
bajo la nevada,
hablaba del tiempo en un mazo de cartas
en el que el acontecimiento estaba prohibido,
y el domino era de aquellos que lograban descubrir
lo inútil en cada alma. Todo podía hacerse allí.
menos capturar una cosa en una palabra.
Mientras hablaba, la lámina se descongelaba,
y la escena era tan estéril como pródiga,
y yo sabía que en cuanto la lámina desapareciera
me expulsarían de aquellas regiones, y entonces
despertaría como quien descubre un propósito
y es reducido al vasallaje.

Durar quince segundos
sobre el bagual
o caballo reservado,
en crina limpia
o potro pelado,
gurupa surera,
cuero o bastos
o encimera,
y hay que aguantar
sin castigar al animal, no,

el Zorro se retiró invicto,
y no mató a Carlos Aristegui, no,
que Aristegui se mató solo,
por trampo y estúpido, por atarse
a los estribos,

y nadie duraba dos segundos y medio
sobre el Zorro de Cascallares,
ni el Chito Maldonado
ni el Coti Iparraguirre,
que salieron haciendo rulos por el aire,

y nadie doblegó al Zorro,
que fue negro y fue blanco,
que vivió veintiocho años,
yendo de campo en campo,
y murió mirando al norte,
como los buenos caballos mueren.



La escalera descendía hacia una playa
de cantos rodados.

Había un mar de navajas sevillanas.
Sobre los lomos de los lobos marinos,
el sol se enfriaba. La mirada vaga
por la playa y cruje como algas viejas.
En los pozones de superficie metalizada
las gaviotas se descomponen en olitas
que las traducen a perla y turquesas.

¿Es el andamiaje con el que el ansia
salta de cuerpo en cuerpo?

Diré luego: dormías bajo la golpiza
de la luz de junio, y cuando te hablaba
la marea hacía espuma cada palabra.
Uno escribe lo que puede.